

Las gafas de Martín



Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: Estudio Nimau.
Ilustración infantil y juvenil.

El día que me construyeron supe que yo no era unas gafas cualquiera. Tenía unas varillas de color azul marino que brillaban con el sol, unas lentes de vidrio fino que me daban un aire elegante, y un puente bien alineado que representaba equilibrio, seguridad e incluso me otorgaba un punto distinguido.

Cuando me pusieron en el escaparate todo el mundo me miraba al pasar. Yo les oía como comentaban deseando comprarme, pero no todo el mundo puede llevar unas gafas, así que esperé paciente al afortunado.

— ¿Por qué no te pruebas estas? — Dijo una dulce voz una tarde de abril.

Y delicadamente, el empleado de la tienda donde yo siempre había vivido, me cogió y me puso sobre el rostro de un niño que se llamaba Martín.

— ¿Qué Martín, cómo te ves? — Dijo la voz.

Pero yo ya no oí nada más. Estaba tan emocionada que no podía creer que ese niño me hubiera tocado a mí. Ya sabía yo que era unas gafas especiales, pero unos ojos tan bonitos de un rostro tan dulce, no me los habría imaginado nunca.

Martín y yo enseguida nos hicimos amigos. Íbamos a todas partes juntos observando el mundo y hacíamos de todo juntos: jugar a la pelota con los amigos, ir de excursión, leer un libro o mirar atentamente la pantalla de un videojuego. Fue un tiempo muy feliz, hasta que un día pasó algo que lo cambió todo.

Aquella tarde Martín me dejó en la estantería de la habitación y no me sacó a la calle. Pero no fue la única vez, porque desde ese momento a menudo me escondía en algún rincón para hacer ver que me olvidaba, o me guardaba con prisas en el bolsillo cuando se cruzaba con alguien por la calle.

— ¿Por qué lo haces esto ?, le pregunté. Pero es bien sabido que nadie entiende el lenguaje de las gafas y Martín no me pudo contestar. Debería buscar otra manera de solucionar aquella extraña situación.

Al día siguiente, la madre de Martín lo obligó a llevarme a la escuela y allí lo entendí todo. A la hora del patio, un chico más grande de aquellos que creen que lo saben todo, se acercó a nosotros y nos dijo.

-- Eh, pareces un viejo con estas gafas.



De repente Martín me arrancó de la cara sin decir nada y me guardó en el bolsillo avergonzado.

— ¿Qué haces? — preguntó asustada mientras hacía esfuerzos para que con la sacudida no se me aplastara el puente. Pero Martín seguía sin poder contestarme.

En ese momento entendí que Martín se pensaba que tenía que gustar a aquel chico con aires chulescos y antipático, que un minuto después ya ni se acordaba de mis varillas y estaba metiéndose con los zapatos verdes de otro niño y más tarde criticaba el pelo demasiado rizado de un chico con un poco de sobrepeso.

— ¿En serio dejarás de estar conmigo por lo que te ha dicho este cretino?

Esa noche la pasé entera dentro del bolsillo del pantalón. Martín no se acordó de sacarme y yo me sentía muy triste.

Hasta entonces Martín siempre había sido un niño feliz que amaba a todo el mundo. Tenía un montón de amigos que siempre querían estar con él, e incluso alguna muchachita lo miraba de reojo cuando él no se daba cuenta. Era un niño amado por su buen corazón y de repente, por mi culpa, había olvidado el valor de todo aquello. Puede que lo mejor sería que yo desapareciera, así que tomé una decisión.

Tal vez no lo sabéis, pero las gafas aparte de hablar también nos movemos, así que decidí esconderme en el fondo de un cajón para no causar más revuelo.

A la mañana siguiente, por más que la madre buscó y rebuscó por todas partes, a Martín no le quedó más remedio que ir a la escuela sin mí. Estaba convencida de que por fin mi amigo estaría contento, pero cuando llegó a casa sentí un golpe y el estuche que siempre llevaba a clase cayó al mismo cajón donde estaba yo.

— Pst. ¿Qué ha pasado? — le pregunté.

— ¿Que qué ha pasado? — contestó el estuche enfadado como nunca. — Que un cretino ha dicho que estoy pasado de moda, y ahora Martín me tira como si fuera un trapo sucio.



Al día siguiente, una camiseta lila gemía en un rincón quejándose de que habían dicho que era de "niña"; y dos días más tarde, un videojuego protestaba porque alguien le había dicho que jugar con él era de niños pequeños.

Poco a poco, Martín estaba deshaciéndose de todas las cosas que le gustaban porque alguien opinaba que eran feas. Pero, ¿por qué era más importante lo que opinara otro que lo que pensara Martín?

Aquella noche, oí a Martín lloriquear y decidí salir de mi escondite. Arrastrándome con las varillas subí a su cama y cuando me vio decidí ponerme sobre sus ojos. Entonces leímos juntos un libro donde explicaba que nunca podemos gustar a todo el mundo. Y tampoco hace falta. Pero lo que sí es importante es gustarnos a nosotros mismos y a todos aquellos que siempre nos han querido.

De repente Martín se dio cuenta de cómo me había echado de menos, y de cómo lo habían echado de menos a él sus amigos mientras se empeñaba en ser diferente.

Al día siguiente fuimos juntos a la escuela y de nuevo una niña lo miró de reojo. Siempre lo he sabido que yo era unas gafas especiales, pero ese día más que nunca, lo supe cuando un chico mayor, de aquellos que creen que lo saben todo, se acercó a nosotros y nos dijo.

— Eh, ya te dije que pareces un viejo con estas gafas.

Pero Martín esta vez levantó la cabeza. Fijó mi puente sobre su nariz, y sin decir nada, dejó de lado ese cretino y corrió a jugar con sus amigos.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

Sant Joan de Déu 
HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA